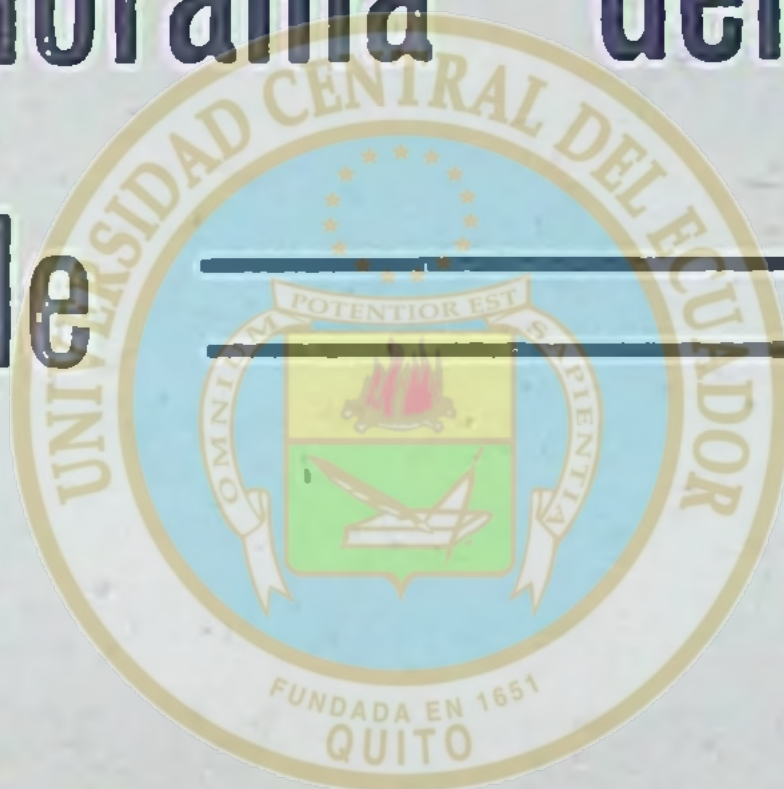


Humberto Salvador

**Panorama del Relato en
Chile**



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

(Conferencia leída en el Paraninfo de la Universidad Central el 5 de Febrero de 1943, con motivo de la inauguración del Instituto Ecuatoriano - Chileno de Cultura)

En Homenaje a Chile

Con la presencia de un considerable número de intelectuales ecuatorianos, a fines del año último tuvo lugar la renovación del Directorio del INSTITUTO ECUATORIANO - CHILENO DE CULTURA. El Dr. Julio Enrique Paredes, Rector de la Universidad Central, en su carácter de Presidente de la COMISION ECUATORIANA DE COOPERACION INTELECTUAL, dirigió la reunión, que fué honrada por la presencia del Excmo. Sr. Gustavo Silva Campo, Embajador de Chile.

El Directorio quedó constituido así: Presidente de Honor, Excmo. Gustavo Silva Campo; Presidente efectivo, Dr. Benjamín Carrión; Vicepresidente, Sr. Jorge Reyes; y, Secretario, Dr. Emilio Uzcátegui.

Bajo esta nueva directiva, prestigiosa por los más claros títulos de la inteligencia y la aptitud cultural, las labores del Instituto venían aseguradas de antemano, y la posibilidad de hacer efectivos los proyectos de acción y obra culturales, se presentaba con los mejores auspicios. Y fué así cómo una de las primeras manifestaciones del Instituto se tradujo en la realización de una sesión pública en el Paraninfo de la Universidad Central, a base de un programa de muy interesante y valioso contenido. Parte fundamental de ese programa es el discurso del Dr. Benjamín Carrión y la conferencia del Dr. Humberto Salvador que hoy se publican en estas páginas. Hay que lamentar, desde luego, que en esta publicación no aparezca el discurso del Excmo. Sr. Gustavo Silva Campo, por causas ajenas a su voluntad como a la de esta Universidad. Habría sido de especial interés que los conceptos vertidos por el Sr. Silva en aquella oportunidad sean conocidos a través de esta misma publicación; pues quienes pudieron oírle saben del valor nada común de que estaban llenas sus francas y sinceras frases de elogio y homenaje a los legítimos valores intelectuales de este país.

Pero es motivo de grande y justo agrado presentar aquí el discurso de Benjamín Carrión, el admirable y admirado escritor ecuato-

riono, que tanto dominio tiene en el arte de escribir y hablar sobre los hombres y la tierra que habitan, como en esta vez sobre Chile y los chilenos. Y no es menor el agrado de presentar también la erudita conferencia de Humberto Salvador, el difundido novelista nacional y distinguido catedrático de literatura en el Instituto Nacional "Mejía", sobre la nutrida y caracterizada producción novelística chilena.

Esta publicación, editada bajo los auspicios de la Universidad Central del Ecuador, y a cuyo amparo desenvuelve su inapreciable labor la COMISION ECUATORIANA DE COOPERACION INTELECTUAL, quiere ser un cordial y fraterno homenaje a la República de Chile, representada en el claro espíritu de sus ilustres escritores y hombres de letras.

ALFREDO CHAVES,

Director de la Biblioteca de la
Universidad Central.

Quito, Abril de 1943.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

DISCURSO DEL DR. BENJAMIN CARRION

Señor Rector,
Señor Embajador,
Señoras y Señores:

De un lado la montaña, del otro lado, el mar. Una larga faja de tierra aprisionada — como dice el lugar común —, liberada, diríamos nosotros, por la vecindad eterna del océano y de la cordillera.

El ojo del chileno tiene siempre que mirar lejos y alto. Hacia la infinitud del horizonte donde termina el mar, o hacia la infinitud del cielo, donde principia Dios. Por eso, la voluntad de superación del hombre de Chile, es quizás la más férrea y tensa en este continente nuestro, calumniado de indolente y perezoso unas veces; de espasmódico y atarantado en otras. Chile, —allí está su historia vertebrada y rectilínea— sabe lo que quiere. Y lo quiere con voluntad de poderío.

Contemplad si no los tres símbolos humanos de la América pre-colombina; los que, hasta cierto punto, han impreso un carácter a sus patrias respectivas con su acción profética: el del Norte, Cuauthémoc, mexicano zahareño, guardador de la tierra y su secreto, hasta el martirio: "mi lecho no es de rosas", es todo lo que dijo, con los pies aridos en la hoguera del conquistador; Atahualpa, el del Centro, ecuatoriano vivaz, encadenado al mito, doblegado por la divinidad; negando su fé a los dioses que mueren y, acaso, perdiendo su fé en los dioses que no salvan: "yo no adoro a un Dios muerto", es la expresión suprema del gran traicionado de América; frase que, ahora, debiéramos repetir sus compatriotas, traicionados también. El del Sur, el chileno Caupolicán, el que nunca se tuerce ni se rinde, el "al tercer día de andar por valle y sierra —el tronco alzó

en los aires y lo clavó en la tierra— como si el tronco fuese su mismo pedestal”. Alma de la Araucania indomable, que venció a la lira del Capitán-Poeta de los conquistadores.

Chile es el país de nuestra América que más claro ha traducido su mensaje. Acaso por ser el más sencillo, directo y humano. Chile es un país que ha encontrado, resueltamente, su camino. Un país que se está, firmemente, realizando. Sin fastuosas leyendas imperiales, capaces de producir espejismos históricos. Leyendas tan llenas de deslumbramientos que, —ya lo estamos viendo con la caricaturesca reproducción de la Roma imperial en la Península Latina—, corren el peligro de la tragicomedia.

Chile es un país realizado. Y esta afirmación mía no marca una posibilidad, siquiera remota, de estatismo y quietud. Chile ha encontrado su destino y su mensaje; como se realizó y encontró su mensaje la Inglaterra de Isabel, en la selva shakespearina del Siglo XVI, poblada de los rumores de Puck y Robin Hood.... Al encontrar el camino de su vida y de su gloria, la Inglaterra Isabelina de hace cuatro siglos, no hizo sino iniciar el viaje, cuyo final lo encontró otra Reina, Victoria. Chile también ha iniciado su viaje hacia el futuro. Pero, como la Inglaterra que hemos recordado, lo ha emprendido por el camino verdadero; que ya quisiéramos todos haber encontrado, que pronto encontraremos también.

A la gran nación chilena la hemos visto atravesar momentos de construcción y de conservación, con Portales; momentos románticos, llenos de dramatismo ejemplar, rubricados con la fuga hacia la muerte del Presidente Balma-ceda; momentos heroicos, cuando la Guerra del Pacífico; momentos tropicales, de sonora frondosidad mediterránea, con los gobiernos de Alessandri; finalmente, horas de verdad democrática y social, inauguradas por ese gran intérprete del pueblo, que fué Don Pedro Aguirre Cerda; nobles y fecundas horas de verdad nacional e internacional, de larga visión continental, presididas por el ilustre estadista Don Juan Antonio Ríos.

El seguro clima de Chile para el vegetal humano, ha ofrecido inspiración, hospedaje y sustento a los hombres de América que algo han tenido que expresar o que cantar: medita allí sobre la construcción de su Argentina el gran Sarmiento; legisla para toda América Andrés Bello; canta

su canción azul Rubén Darío; y escribe la historia atormentada de esta patria nuestra, Don Pedro Moncayo.

Pueblo recio, laborioso, constructor. Lo golpean, en forma de terremoto, las fuerzas de la naturaleza; y el terremoto lo estimula para edificar mejor y mejor construirse. No se pega de la flor vacua de la palabrería, y cree en el evangelio claro de la acción.

Chile abona las tierras estériles del mundo con su salitre milagroso, mojado por el sudor de sus obreros. Y produce al mismo tiempo —como los grandes pueblos incubadores de culturas eternas, Grecia, Roma, España, Francia y Alemania— eso que yo considero la obra maestra de la naturaleza: el vino. El vino que ilumina las Bodas de Caná en las praderas de la Biblia; que es la antesala y el pregusto del amor en todos los epitalamios, y es el compañero del dolor en todos los sacrificios. "Tomad y bebed, esta es mi sangre", dijo Uno, al ofrecer el vino a sus amigos, en aquella Cena de la Despedida, en que se quedó para siempre. . . .

Las voces del espíritu se han expresado en Chile con profundidad y belleza. Claros y altos intérpretes de la angustia, el júbilo y la esperanza del hombre. Y entre ellos ha surgido la que es, para mí, la voz más alta, la más honda y pura que, dentro de nuestra América ha hablado en español: Gabriela Mistral.

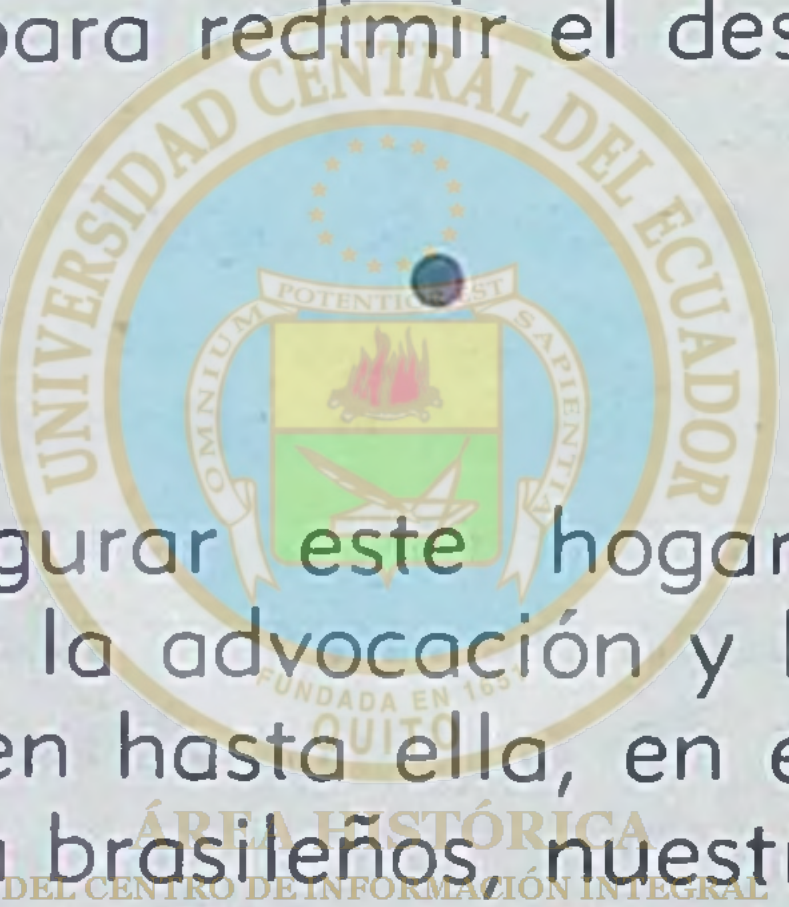
Hace diez y ocho años, como Waldo Frank, yo también encontré "una gran mujer, de cara tostada, que vagaba por Europa llevando a Chile como un tesoro misterioso en sus manos, y como una herida en su corazón".

No. No era solamente Chile lo que llevaba Gabriela por los caminos de la Umbría, de la Isla de Francia o de Flandes. Era toda esta América Hispano-India, desde el México excelso, que pagó su visita maternal dando su nombre a cien escuelas y erigiéndole una estatua en vida —en vida terrenal, porque su espíritu vivirá siempre—; hasta la Argentina y el Brasil, donde hoy vive y sufre con el dolor del mundo.

En el París lleno de iluminaciones y estremecido de esperanzas de paz, en las campiñas normandas, en la Provenza sonora de cigarras y de Federico Mistral, Gabriela nos habló del destino de América, de sus valores signos, de sus tiranuelos grotescos; su voz era en veces de admonición y cólera, pero siempre esclarecida por un largo y esperanzado optimismo.

Muchas horas de oírla, me han hecho el más grande bien espiritual que una persona humana le puede hacer a otra. Como la voz del eremita Zósimo, ilumina, limpia y esclarece una vida entera en la máxima creación del Esclavo; así la palabra y la actitud de Gabriela Mistral crearon un profundo surco en mi vida. Junto a ella nació mi intención de comprender a nuestra América una, con inmenso destino. Ella fué la madrina de mi primer libro y de mi hija.

La mujer de América hasta entonces, había cantado el amor y el dolor. Nuestra Dolores Veintemilla, Delmira Agustini, Alfonsina. . . . Era la tradición de Safo, reproducida modernamente por Rosalía de Castro y Ana de Noailles. Gabriela Mistral, la Ifigenia de la Raza, hizo el sacrificio de su vida por adoptar la maternidad de América y de todos los niños del mundo. Su vida y su pasión son una entrega de sí misma para redimir el destino de América.



Hoy, al inaugurar este hogar ecuatoriano-chileno, quiero ponerlo bajo la advocación y la guarda de Gabriela Mistral. Que lleguen hasta ella, en el sitio que hoy ocupa en el aire y la tierra brasileños, nuestras voces devotas. Ella trabaja y sufre ahora. Como trabajan y sufren en todas las puntas de la Rosa de los Vientos, los hombres que han creído y creen aún en el hombre, ante la tempestad de odios que tiñe de sangre al mundo. Pero ella, desde su Huerto de los Olivos, ora, vela y espera. A ella la necesitamos para la hora, cada vez más cercana, de la paz, del amor y de la construcción.

Para terminar, mi gratitud y mi homenaje al Excmo. señor Embajador de Chile, Don Gustavo Silva Campo, intérprete verdadero y cordial del espíritu ancho y generoso de su gran patria. El sabe que los caminos de la cultura acercan a los pueblos como las rutas del pan. Y por ello, él ha auspiciado esta nueva era de actividades intelectuales ecuatoriano-chilenas, con su entusiasmo inteligente, con su admirable don de simpatía.

PANORAMA DEL RELATO EN CHILE

El arte inefable de novelar a la vida tiene en Chile un pasado glorioso. Y el germen del moderno relato está unido a un inmortal recuerdo de la historia americana. Ilustres desterrados argentinos llegaron un día a Santiago. Estuvo en esa ciudad, el americano por excelencia, destinado a ser el apóstol de una raza y el maestro de las juventudes del Continente: Domingo Faustino Sarmiento. Junto a él vinieron figuras intelectuales de la categoría de López y Alberdi. Sarmiento conoce al mejor de los discípulos de Andrés Bello: José Victoriano Lastarria. En 1842 se funda la Sociedad Literaria, casi al mismo tiempo que la Universidad de Chile, cuyo primer Rector fué Bello, quien ejercía una elevada dirección espiritual en las nuevas generaciones.

Es célebre en la historia intelectual chilena el discurso pronunciado por Lastarria al inaugurar la Academia Literaria. "Fundemos nuestra literatura naciente en la independencia de la libertad del genio, —decía el maestro—. Despreciamos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo; sus dictados son, las más de las veces, propios para encadenar el entendimiento; sacudamos esas trabas y dejemos volar nuestra fantasía, porque es inmensa la naturaleza. Fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para hacerlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad. La nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar al pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular. Nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional". Y

después de haber pronunciado estas luminosas palabras, añadía: "No hay sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser originales en literatura, porque todas las modificaciones le son peculiares y nada tienen de común con las que constituyen la originalidad del Viejo Mundo. La Naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada, aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza que le brinda". Y fué entonces cuando se lanzó el primer mensaje de libertad espiritual. En lo que a lo literario se refiere, Santiago fué la ciudad "luz de América", y en el inmortal discurso de Lastarria se encuentra ya el germen de lo que más tarde debía ser la literatura americana, que tan espléndidos frutos ha producido en el momento actual. En esa época había nacido ya el padre de la novela chilena. Blest Gana era apenas un niño, pero su personalidad se formaría pronto en un ambiente de honda renovación.

Fué aquel un tiempo de lucha. Andrés Bello, con la indiscutible autoridad de su prestigio, proclamaba un clasicismo de tipo español. La luz fascinante y prodigiosa del siglo de oro castellano, había arrebatado a su espíritu, y creía que era la ruta de Madrid la que debía seguir el arte naciente de América, para llegar a su perfección. En cambio, Lastarria estaba seducido por el evangelio romántico. Pero su romanticismo, aquel cálido y ferviente romanticismo que brotó en la Academia Literaria de Santiago, no pretendía seguir fielmente la pasión dramática de Schiller, ni la grandiosidad lírica de Hugo, ni la angustia poética de Byron. El romanticismo de Lastarria, si bien se había acercado a la fuente clara de Europa, para beber sus aguas, tenía su fundamento esencial en el alma heroica de los americanos, que nacieron para la libertad y la aventura. De aquellos americanos que habían escrito con su sangre la epopeya de la Independencia, y cuyo espíritu era romántico por excelencia, si por romanticismo podría entenderse el concepto apasionado de la vida, la aptitud para la hazaña gloriosa, la fuerza creadora de grandes ideales y la inclinación hacia los nobles sacrificios. El romanticismo de Lastarria era fruto de la selva americana, de las formidables cordilleras del Nuevo Mundo y de la fecunda tierra Continental,

que comenzaba a dar los frutos lozanos del espíritu, que habían sido fecundados con la sangre de los héroes y los mártires.

Variada y múltiple fué la personalidad de Lastarria. En la producción histórica y en la actividad política dejó sus huellas luminosas. En lo que al relato se refiere, creó un género nuevo en Chile. Y en su espíritu, se sintetizaron armoniosamente la forma clásica con el fondo romántico. En el estilo siguió las huellas del mejor de los libros. La obra suprema de Cervantes supo guiarlo, y cuando producía sus cuentos, flotaban en las zonas del subconsciente las aventuras del Caballero de la Mancha. La inspiración eterna de la novela picaresca y la sabia ironía que ella manejó con sin igual perfección, fueron ricos estímulos, y así fué cómo al producir "El Mendigo", Lastarria creó el fundamento del relato en Chile. Y junto a esa breve y singular obra de arte, produjo cuentos hermosos: "Rosa", "El diario de una loca", "Mercedes", "Una hija", "El Alférez Alonso Díaz de Guzmán", y otras narraciones, que forman el libro "Antaño y Ogaño", y lo colocan en un sitio de honor en la literatura americana.

El ideal artístico de Lastarria fecundó en una forma brillante en la obra de José Joaquín Vallejo, conocido en la historia literaria bajo el nombre ficticio de "Jotabeche". La vida fué dura con este maestro. Tuvo que realizar grandes sacrificios para estudiar en el Liceo de Chile. Más tarde trabajó en actividades difíciles y contradictorias. Descendió hasta la mina y fué a las ciudades de provincia para ser periodista. En Vallejo el alma chilena tiene un intérprete magnífico. Con frecuencia se lo ha comparado con Larra, el creador del periodismo literario, que murió trágicamente, cuando su genio no había florecido aún en toda plenitud. Entre "Fígaro" y "Jotabeche" existen singulares analogías. Aparece en ambos aquel humorismo delicado, aquella sátira honda, y ligeramente triste, que es la mejor ruta para llegar hasta las entrañas de la vida. Pero también hay en "Jotabeche" un claro precursor del moderno arte social. Aquellos tipos provincianos, que suelen ser de clase media. Aquel narrar la existencia del pueblo chileno, y, sobre todo, esos cuadros sombríos de las zonas mineras, lo colocan como uno de los precursores de las modernas escuelas del relato.

Pero los maestros nombrados no debían sino ser el antecedente de la obra literaria más trascendental de la época. Un genial escritor había madurado ya, y su obra sería un aporte definitivo a la novela americana. Alberto Blest Gana, el Balzac chileno, es una de las figuras máximas de la intelectualidad americana. Su aparición señala un momento trascendental en la historia cultural del Continente. Con él surge por primera ocasión en el Nuevo Mundo, la novela ciclo de gran aliento. El es el sugestivo narrador de la época de la colonia y del heroico período de la independencia. A semejanza de Zolá, Perez Galdós, Martín du Gard y Jules Romain, Blest Gana cristaliza en sus obras un vasto período de la vida nacional. Las novelas de este maestro son la epopeya chilena, y ellas tienen el valor de un gran fresco mural, que presentara a toda una sociedad en sus caracteres esenciales. "Martín Rivas", "El Ideal de un Calavera", "Los Trasplantadores" y, su obra maestra, "Durante la Reconquista", son magníficos análisis de la realidad chilena, vista con una mirada profunda. Con Blest Gana, la novela chilena adquiere una elevada jerarquía literaria.

Dos nombres nuevos surgen después en el panorama del relato: Daniel Barros Grez y Enrique del Solar. El primero produce los "Cuentos para niños grandes" y el segundo varios tomos de "Leyendas y Tradiciones". Barros Grez tiene cualidades de novelador excelente, pero la intención política desfigura en ocasiones a su obra de arte. Enrique del Solar dejó libre vuelo a su rica fantasía. Advirtió que fundaba sus relatos en el hecho histórico o legendario esencial, pero que en ellos existía un ancho campo para la imaginación. Por eso la mayoría de sus producciones tiene el valor del relato ficticio, y antes que un historiador, fué un novelista de la mejor categoría literaria.

Un profundo conocedor de las literaturas clásicas, fué Pedro Cruz. Esta cualidad le facultó para ser un estilista magnífico. Sus "Fantasías Humorísticas" son cuadros de ficción, que se encuentran muy cercanos a la técnica del relato. Dueño de una rica imaginación, supo crear un género nuevo en la literatura chilena. En sus páginas, lo real y lo ficticio se combinan armoniosamente. "Murmuraciones", el libro siguiente de Cruz, es un espléndido cuadro de la sociedad de la época. El conjunto de las narraciones que

forman esta obra, tiene el valor de un panorama sintético de la vida chilena. Las producciones posteriores de Cruz aparecen en un libro cuyo título genérico, "Cuentos", reúne a relatos de categoría literaria, junto con otros que fueron fruto de las circunstancias, y que pronto perdieron su lozanía y vigor.

Un médico de prestigio, Adolfo Valderrama, pertenece a ese grupo de facultativos que tan brillantes frutos ha dado a la literatura, y al pensar en el cual acuden, en una forma espontánea, los nombres de Georges Duhamel y Mariano de Azuela. En 1882 publica su libro "Después de la tarea". El título guarda una huella de melancolía. Únicamente cuando ha terminado el trabajo profesional, puede dedicarse Valderrama a la producción literaria, que significa un fascinador descanso en medio de la difícil lucha por la vida, como lo es la ejecución de la obra estética para un artista. Pero en esas horas de encanto, durante las cuales se evadía de lo que llamaba "su tarea", Valderrama produjo bellísimas creaciones literarias como lo son "Tradición China", "Miedo", "El vendedor de manzanas" y "La casa de alquiler". Además fué obra suya una hermosa novela "María", nombre de mujer que sería también el título de una de las mejores creaciones de novelística colombiana.

Los motivos araucanos fueron incorporados a la literatura por Francisco Subercaseaux, quien se revela como un original narrador de los temas militares en su libro "Romances". El verso y la prosa se combinan en esta obra original, y también hay en ella una comedia, "Valentina", que revela a su autor como un fino psicólogo. Con su obra, el arte del relato adquiere desarrollo, y prepara el advenimiento de los maestros del porvenir.

La guerra entre Chile y el Perú, fué una causa de inspiración para los escritores. Daniel Riquelme formó parte de ejército expedicionario, como corresponsal de "El Heraldo" de Valparaíso. Durante largos años había trabajado en el periodismo. Era el suyo un espíritu ágil, irónico, voluble. Su juventud de hombre habituado al gran mundo, le dió una visión fácil de la vida y un sugestivo sentido del humor. El título del primero de sus libros "Chascarrillos militares" es ya una interpretación de su temperamento. Sin embargo, un espíritu tan fino y sutil como el suyo, no podía dejar de sentir el horror que tiene el combate, y por eso al-

gunos de sus relatos encierran el embrión de una tragedia, narrada con dulce tristeza. El fué, especialmente, un fino psicólogo. Los caracteres esenciales del alma chilena están magistralmente reflejados en sus creaciones. "Bajo la tienda", la segunda obra de Riquelme, es una producción de mayor vuelo. El escribía en la forma fácil y sencilla, en la que suele hacerlo el periodista. No existió en su alma el anhelo de perfección artística, el ideal de producir obras maestras. Narraba en una forma traviesa, frívola y encantadora. Hubo en él una anticipación a la moderna interpretación humorística de los fenómenos sociales. Aquello que más tarde debía culminar en los libros de Ilya Erenburg y Jaroslav Hasek. Es hermoso el pensar que también en América existió un precursor de ese relato de la guerra, que después daría creaciones definitivas al arte, como son las obras de Barbusse, Remarque, Glaeser, Zweig, Guy de Pourtalés, Renn, Latzko y Johannsen.

En 1887 se realizó en Santiago un gran certamen literario. El patrocinador fué Federico Varela, Senador de Valparaíso. En él obtuvo un premio Rubén Darío, el joven poeta de Nicaragua, que un año antes había llegado a Chile. Al poco tiempo, —1888— se publicaba el libro iniciador de una nueva escuela artística. Había nacido el modernismo y su influencia sería muy honda en América y España. En aquel célebre certamen intervinieron los escritores chilenos de mayor prestigio, como Daniel Barros Grez y Eduardo de la Barra. Pero la nota sensacional, fué la revelación de un valor nuevo: Arturo Givovich, cuyo relato "El Valdiviano", obtuvo el premio. La obra reunía excelentes y complejos caracteres. Había en ella hábil descripción del ambiente, sugestivos cuadros de costumbres, belleza en la narración y hondo sentido psicológico. Más tarde, en el libro "Escenas y Tipos", se reunieron los principales relatos de Givovich. Este hábil novelador, fué uno de los valiosos antecesores de la actual producción chilena.

"Azul" fué un libro destinado a ser fundamental en la historia literaria americana. El tuvo el alcance de una alta revelación estética. Las mejores cualidades del arte francés estaban sugeridas entre sus páginas. Las voces de Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, Samain y Rimbaud, dejaban oír la maravilla de sus ecos en las tierras del Nuevo Mundo. Muy pronto don Juan Varela, con su elevada autoridad de

gran señor de las letras castellanas, hablaría del libro con cálido fervor, y lo consagraría en una forma definitiva. Sin embargo, las inefables páginas de Darío, sus cuentos pletóricos de lirismo y la transparente dulzura de su arte, no encontraron muchos imitadores en Chile. La intelectualidad de la época tenía otras inquietudes y buscaba propias rutas. Fué Pedro Balmaceda Toro, el que siguió más de cerca las huellas de Rubén. Temperamento finamente sensible, espíritu de una honda fuerza lírica, dejó una estela luminosa en el relato chileno. Algunas de sus breves narraciones reúnen los mejores caracteres del modernismo. "Estudios y Ensayos Literarios", es la producción de un escritor altamente dotado, a quien una muerte temprana, le impidió la realización de obras que habrían sido definitivas.

Por aquella época iniciaba su carrera literaria Emilio Rodríguez Mendoza. El primero de sus libros fué un manojo de cuentos que por su ejecución y sus motivos podría llamárseles modernistas, y en los cuales existía la influencia de Rubén. "Gotas de Absintio" se llamaba la obra, y en ella aparecía un escritor que más tarde sería uno de los mejores de Chile. La historia, el ensayo y la crónica tendrían en él a uno de sus maestros, y el estilo suyo sería de los más hermosos y puros de la producción americana.

La obra extraordinaria de Blest Gana fué una clara fuente de inspiración. En ella encontraron material abundante los novelistas que llegaron más tarde. Y una generación trascendental siguió las huellas del maestro. El primer escritor de importancia fué Luis Orrego Luco. En su libro "Un idilio nuevo" presentó un hondo conflicto social: el creado por la pasión de la riqueza. Las novelas de mayor aliento vinieron después, y se llamaron "Memorias de un voluntario de la patria vieja" y "Tronco herido". Pero su obra maestra fué "Casa grande". La publicación de esta gran novela, señala un momento trascendental en la historia literaria chilena. El libro se editó en una época de transformación social. La antigua clase aristocrática, cuyo poderío se remontaba a la época colonial, atravesaba por una crisis causada por profundas modificaciones que se produjeron en la economía nacional. Fueron de una audacia sorprendente los juegos de la bolsa. Así aparecieron fortunas improvisadas, y los "nuevos ricos" adquirieron gran influencia política y social. "Casa grande" reflejó este drama co-

lectivo, y lo hizo en una forma admirable. El desenlace trágico de la novela, impresionó a la sociedad. Se produjo el escándalo. Los ataques dirigidos contra el novelista fueron de extraordinaria violencia. Aquellas personas que llevaron su rencor hasta el extremo, aislaron a Orrego Luco, y le negaron el saludo. Guardando las debidas proporciones, sucedía por primera ocasión en Chile lo que había ocurrido en París con las mejores novelas de Zolá. Pero también hubo un sector noble, comprensivo y generoso, que defendió al novelista. Su nombre se hizo célebre. Y el libro suyo, tan humano, artístico y sincero, quedó definitivamente consagrado. Poco tiempo después hubo un escándalo análogo, pero de menor magnitud. Un profesor de los liceos chilenos, Alejandro Venegas, publicó la novela "Sinceridad". Fué la obra una crítica aguda de la realidad política, económica y social de Chile. También este novelista fué duramente atacado. Y el vacío que se le hizo se volvió tan intenso, que Venegas, después de haber alcanzado una modesta jubilación por sus ejemplares y abnegados servicios como educador, se retiró a Maipú, un pueblecito cercano a Santiago, donde murió en el olvido.

Otros escritores presentaron también con maestría los conflictos sociales de aquella época. Los principales fueron Fernando Santiván, en sus magníficas novelas "Ansia", "La Hechizada" y "El Crisol"; Juan Barros, en su libro "El zapato chino", que mereció un éxito considerable, y Augusto Millán, que al publicar su obra "Los desarraigados", se consagró como un gran relatista.

En los últimos años del siglo anterior, surgió otra figura de importancia. Fué Angel Espejo, cuyos "Cuentos de alcoba" tuvieron una marcada tendencia al naturalismo. El libro suyo, así como las producciones posteriores, encerraron una honda crítica de la realidad chilena. La literatura de tendencia social contaba ya con aportes considerables, y preparaba el advenimiento de los escritores contemporáneos.

Un admirable autor de cuentos, cada uno de los cuales es una obra de arte, fué Federico Gana. Acaso él descubrió, en una forma mejor que sus antecesores, la belleza del campo chileno. Domingo Melfi, uno de los intelectuales de mayor prestigio, y cuyo nombre es de los máximos en la crítica literaria americana, recuerda a Federico Gana con sin-

gular admiración y cariño. Al evocarlo, lo hace hondamente conmovido. El maestro aparece como una figura llena de encanto. Elegante, distinguido, culto, finamente bohemio, Federico Gana fué un espléndido artista. Su obra habría podido ser fundamental en el Continente, porque existían en él vastas posibilidades. Tenía todo aquello que es indispensable para llegar hasta las grandes creaciones literarias. Pero este espíritu altamente selecto fué herido por la vida, y la desilusión suya alcanzó tan hondas proporciones, que le hizo perder la energía que es necesaria para realizar una obra de extensión. Sin embargo, el nombre de Federico Gana ocupa un sitio de honor en la literatura continental.

Pero la gran revelación de las generaciones novecenistas constituyó el nombre de Baldomero Lillo. Fué con él que llegaron a la literatura chilena los mejores y más ricos elementos del arte de tendencia social, que ya había dado admirables frutos en Europa. El poder de manejar al pueblo en el relato, y el de crear a base de su vida intensa interpretaciones colectivas, que fué característico de Zolá. La profunda emoción humana, que llevó a Dostoiewsky hasta lo sublime. El hondo y sombrío análisis de la existencia de los desvalidos, que volvió inolvidable a la obra de Gorky. El sentido profético y la dulce misericordia que palpitan en las figuras de Tolstoy. Todos estos factores de alta literatura, de literatura internacional, encontraron eco en la obra de Baldomero Lillo. Pero a pesar de su carácter universal, la producción de este raro maestro, fué esencialmente chilena. De nacional tuvo el reflejo de la vida cruel que llevaban los mineros, a quienes descubrió literariamente. Chileno era el escenario en el cual se desarrollaban los magníficos cuentos de "Sub terra", su obra fundamental. Característicos de Chile eran los tipos, el paisaje y las costumbres. Pero lo humano era universal. El drama de los trabajadores de Chile, guardando las diferencias de detalle, era el drama de todos los mineros del mundo.

Hay en la literatura europea una novela que es impresionante. Fué escrita en Inglaterra, y su autor, Grant, creó en ella un nuevo infierno. Se elevó hasta la sublimidad del terror, y sus trágicos cuadros recordaron a las torturas que surgieron del genio alucinado del Dante. La obra fué publicada en castellano durante el año de 1931. "Sub terra"

se editó en 1904. Sin embargo, las dos obras, de las cuales la chilena es anterior, aquellos dos libros que están distantes por el espacio y el tiempo, guardan entre sí hondas analogías. Los dos artistas, el americano y el inglés, se dieron cita a la entrada de la mina. Los dos recorrieron aquella ruta sangrienta que parte desde las entrañas de la tierra, donde sufren los obreros, y que a las entrañas de la tierra vuelve, cuando los trabajadores van al cementerio, destrozados por aquel esfuerzo sobrehumano que han debido desarrollar, y aniquilados por una existencia de constante martirio. "Sub terra" es el primer libro proletario chileno, y su autor, tiene la más elevada y pura de las glorias literarias, porque las sienes de él fueron coronadas no con los laureles de oro que las clases poderosas dan a los poetas suyos, sino con los laureles de bronce que los pueblos ofrecen a sus héroes, a sus artistas y a sus mártires.

También Guillermo Labarca hizo un tipo de cuento sugestivo y sencillo, seleccionando motivos de campo. Sus relatos son un reflejo de la vida popular chilena. Hubo en él influencia de Maupassant y, en general de los escritores franceses de fines del siglo. La novela suya "Mirando al océano" tiene hermosas cualidades. Hay en ella intensidad humana y un claro sentido de los valores objetivos de la obra literaria.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Un eminente periodista chileno, Joaquín Díaz Garcés, produjo un tipo de cuento singular, en el cual se alternan los temas de aventuras con los motivos campesinos, y los cuadros de costumbres con las reconstrucciones históricas. Sus "Páginas Chilenas" tuvieron un éxito considerable, y el nombre de Angel Pino, pseudónimo suyo, añadió el prestigio literario a la celebridad del periodista.

El nombre de Rafael Maluenda alcanza una categoría que es de las primeras en la generación novecentista. Se consagró como un maestro en la novela y en el cuento. Produjo una obra fecunda, variada y compleja. Fué un apasionado lector, y su cultura, sólida y vasta, dominó lo más importante del arte universal. Desde las producciones de los modelos clásicos, hasta las obras de los modernos realistas, el espíritu de Maluenda supo captar aquello que fué lo mejor en cada ciclo literario. Tuvo la amenidad de Daudet, la precisión de Bert Harte, y sus descripciones recordaron a las mejores páginas de Flaubert. Maluenda debe con-

siderarse como uno de los grandes estilistas chilenos. Y su acierto mayor es el de haber combinado sabiamente la pintura del paisaje con el análisis de las almas. Psicólogo de una sutileza sin igual, buzo del subconsciente humano, la obra de Maluenda es de singular importancia. Su libro "Escenas de la vida campesina", fué la revelación de un gran artista. El relato "Los ciegos" alcanzó una intensidad que estuvo cerca de lo patético. Maluenda, como Maeterlinck, alcanzó el poder artístico de penetrar a ese mundo de angustia y misterio, en el que viven aquellos que se encuentran privados de la luz. La narración de Maluenda, altamente conmovedora, produjo impresión en todos los países del Continente. Otros libros suyos, de auténtico valor, fueron "La señorita Ana", "La cantinera de las trenzas rubias", "La Pachacha" y "Venidos a menos", magníficos cuadros de la vida social de Chile, y en los cuales aparecen admirables interpretaciones de aquellas tragedias silenciosas que se desarrollan en la intimidad del hogar. La obra de Maluenda representa un considerable aporte para el desarrollo de la novela y el cuento americanos.

Ha llegado para Chile la hora de los grandes escritores. Un magnífico conjunto de maestros colocará a la producción nacional entre las mejores del Continente. Y una de las primeras revelaciones será la de Eduardo Barrios. Autor de cuentos, novelas y piezas de teatro, Barrios alcanza una elevada categoría literaria. El primero de sus libros es un conjunto de breves relatos, y se llama "Del natural". En esta obra están esbozados ya los caracteres artísticos que más tarde darían espléndidos frutos. "El hermano asno" es la novela que fué soñada por Francisco de Asís. En ningún otro libro llegó el moderno relato americano a tanta sencillez, encanto y dulzura. Recuerda "El hermano asno" a las mejores producciones de Francis Jammes o Rainer María Rilke. Tiene "El hermano asno" la inefable delicadeza que baña de pálida luz los poemas "Del ángelus del alba al ángelus de la oración". Hay en "El hermano asno" el hechizo de "Manzana de Anís", el mágico encanto que transforma a la obra literaria en un canto de ternura, brotado del corazón de la Naturaleza. Surge de "El hermano asno" aquel chorro de clara belleza, que embriaga en "Los cuentos del buen Dios". Con "El hermano asno", la novela ha dado uno de sus mejores frutos.

"El niño que enloqueció de amor" es otra obra apasionante. Hay en la nueva literatura de Francia una novela maravillosa. Se llama "Adriana Mesurat", y al producirla, Julien Green ha llegado hasta una de las zonas más elevadas del arte. Adriana Mesurat es hermana gemela de Emma Bovary, y está unida a la Julieta de Shakespeare, a la Ifigenia de Eurípides y a la Margarita de Goethe, por entrañables lazos de pasión. Adriana, esa muchacha encantadora, esa flor adorable de los campos de Francia, también enloquece de amor. Y cuando la noche ha caído en su alma, es como si se oscureciera la transparente luz de los astros, y se marchitaran las rubias espigas del trigo. Adriana es también una hermanilla gemela del niño que de amor enloquece, porque su pasión ha llegado hasta donde el querer se vuelve trágico. Y las demás obras de Barrios, "Vivir", "Un perdido" y "Lo que niega la vida", "Páginas de un pobre diablo", "Y la vida sigue", consolidan definitivamente su prestigio literario, y lo consagran como uno de los mejores novelistas y comediógrafos de América.

Un diáfano y lírico novelador del campo fué Carlos Acuña. Sus cuentos, contenidos en varios libros, forman una artística evocación de la naturaleza, bañada de plena claridad. "Floración agreste", "A flor de tierra", "Capachito", "Mingaco", obras que son colecciones de breves relatos, conteniendo la primera también algunos poemas, lo consagran como a un sugestivo intérprete de la vida rural chilena. En su novela "La que no tenía corazón", Acuña cambia el campo por la ciudad, y aborda la novela psicológica. Obra escrita con un ritmo de intimidad y llevada en suave tono menor, es una producción hermosa, cuyo prestigio se extiende a través de todos los países americanos.

El tema campesino fué siempre uno de los preferidos por los escritores chilenos. Tuvo la tierra sus novelistas y poetas que supieron amarla y comprenderla. Sin embargo no se había presentado aún, en toda su plenitud, el escritor que aspirara a crear el panorama de conjunto, el cuadro total de las distintas regiones del país. Esta labor trascendental ha sido en gran parte realizada por Mariano Latorre. Inició su carrera literaria en 1912, al publicar el libro "Cuentos de Maule". Desde entonces su obra siguió una línea ascendente que culminó en "Cuna de Cóndores". Latorre demostró ser el mejor paisajista de la tierra nacio-

nal. La naturaleza adquirió ritmo, emoción y vida en su arte. Los libros siguientes fueron una confirmación de las magníficas cualidades de novelista que posee Latorre. "On Panta", una de sus producciones fundamentales, guarda un inmenso poder lírico y hay en sus páginas descripciones maravillosas. "Zurzulita" es una novela célebre en América. Su escenario es el grandioso panorama de la Cordillera. Los conflictos humanos parecen reducirse a una mínima proporción ante la maravilla del paisaje, que Latorre lo describe con máxima emoción. "Ully" es la novela del sur. "Chilenos del mar", obra de mayor profundidad psicológica, combina sabiamente la descripción del escenario con el lirismo espiritual. Con Latorre presentan las letras chilenas un legítimo valor, cuya producción tiene los caracteres de una síntesis artística altamente lograda.

Un escritor extraño es Leonardo Penna. Hay en sus creaciones un hondo sentido subconsciente, y por eso ellas son alucinantes. Una ráfaga del genio de Segismundo Freud desciende hasta sus libros "Biblia profana" y "La Actitud secreta", en los cuales aparecen símbolos inquietantes, y que están saturados de aquel estremecimiento angustioso que encierra el misterio.

El nombre de Pedro Prado recuerda a la sublime imagen de Esquilo. Y evoca aquella magnífica orquesta coral que brotó en el alma de Flaubert, mientras ejecutaba "Salambo", esa producción insuperable que tuvo los caracteres de una novela, pero que en realidad fué una "ópera en prosa" o una sinfonía literaria. ¿Hubo, quizá, alguien en América que creara algo semejante? En lo que a la perfección del estilo se refiere, habría tal vez que recordar a Larreta, Coelho Netto o Fontaura Argandoña. Pero "Alsino" es algo más. Alsino es semejante a Prometeo. El héroe griego llega hasta el martirio por haber arrebatado al dios máximo el fuego sagrado. Este cristo pagano se encuentra encadenado entre las rocas, y el águila divina del supremo dios, le devora las entrañas. Pero Prometeo enseñó a los hombres a ser sabios y ser artistas. Por él se dejó de mirar con terror a la muerte, desde el día que puso a la ciega Esperanza entre los seres humanos, para que derramara sobre sus dolores un chorro de luz verde pálido, los consolara en su abandono y tuviera un beso de misericordia cuando se encontraban en la agonía. Y fué en Chile donde surgió el Prometeo

americano. Porque Alsino es semejante al dios griego. Alsino tiene un maravilloso sentido panteísta de la vida. Hay en Alsino una euforia dionisiaca, que embriaga de voluptuosidad a todos los seres vivos que se encuentran cerca de él. Es Alsino la encarnación del ideal griego que fué soñado por Rodó. Existe en Alsino el genio de aquel Shakespeare que produjo "La Tempestad". Alsino es hermano gemelo de Ariel, porque ambos son símbolos eternos de la pureza y la virtud. A semejanza de una lámpara maravillosa, las alas de Alsino son capaces de transformar en oro cuanto tocan. Al oír el rumor de las alas de Alsino, se estremecen las montañas, queda en silencio el agua, se transforma en viento en un coro de armonías, y desde la tierra brota el poder creador de la vida. Hay en Alsino algo de la grandiosidad de la Novena Sinfonía, y hay también la mágica orquesta formada por las voces del tiempo y del espacio, que cantó con voz sublime en el alma de Juan Cristóbal. Y es un misterio artístico, un alto enigma de la belleza, un mágico secreto del lenguaje, aquella técnica ignorada que utilizó Pedro Prado para arrancar del estilo armonías que antes que él escribiera "Alsino", fueron desconocidas. Porque esa música inefable que se estremece en las páginas de Alsino, no está en las palabras, no. Es un ritmo que se encuentra más allá del idioma. En este caso, la voz escrita es apenas un leve lazo de unión entre el artista y el público. El ritmo de aquel lenguaje de maravilla que hace oír su voz en las páginas de Alsino, está oculto más allá de las palabras. Es un idioma castellano fecundado por los acordes de la música universal. Es la voz eterna del arte. Y cuando Alsino llega al martirio, brota en el alma la misma angustia que apareció al mirar la agonía del Caballero de la Mancha. Porque en cada una de las almas humanas, —de las almas buenas, nobles y dignas—, hay un Alsino así como hay un Quijote. Los dos personajes admirables, el americano y el español, tienen un jardín de ensueño en el espíritu, y ellos son altos símbolos del ideal de perfección que el hombre busca a través de su erranza por la vida.

Un escritor de obra fecunda y de legítimo valor, es Joaquín Edwards Bello. Temperamento múltiple y complejo, su personalidad ha ejercido honda influencia en el desarrollo de la cultura chilena. El primer libro suyo, llamado "El inútil", fué publicado en 1910. Desde entonces la brillante per-

sonalidad de Edwards Bello, siguió un ritmo ascendente. Otras obras suyas, fueron "La tragedia del Titanic", "Tacna y Arica", "La muerte de Vanderbilt", "Valparaíso, ciudad del viento", "Don Juan Lusitano", "La chica del Crillón", "El Nacionalismo Continental" y sus célebres "Crónicas", que lo pusieron entre uno de los mejores periodistas del Continente. Pero las creaciones fundamentales, aquellas a las que este magnífico escritor debe su alta situación, fueron "El roto", "Criollos en París" y "Un chileno en Madrid". Edwards Bello conoció ampliamente la vida de las grandes capitales de Europa. Supo de la complejidad de aquello a lo que Proust llamaba "la carrera de salón". Presenció todas las dificultades que experimentaban los americanos que deseaban ocupar un sitio en la alta sociedad. Y este drama, que oscilaba entre lo trágico y el ridículo, fué magistralmente descrito en dos novelas suyas, y logró los caracteres de lo inolvidable, en la obra "Criollos en París". El humorismo llegó a una insuperable expresión artística, la sátira alcanzó caracteres geniales, y los personajes, cruelmente arrancados de la realidad, impresionaron a los lectores americanos. Pero Edwards Bello estuvo predestinado a producir una obra maestra, de considerable alcance político, económico y social. Fué "El roto", y en pocos años este libro obtuvo varias ediciones y se difundió a través de los países. Se ha dicho que la novela altera la realidad del tipo chileno, y que el personaje estudiado por Edwards puede ser un "roto" determinado, pero no el símbolo de toda una clase social. Se ha afirmado también que desde la época en la que la obra fué escrita, ha cambiado en una forma apreciable aquel tipo popular, que con la designación de "el roto" ha conquistado la simpatía internacional. Pueden tener estas afirmaciones algo de verdad, pero ellas no disminuyen el valor artístico y humano de la obra de Edwards Bello. El libro perdurará, y será leído por las generaciones futuras, con un fervor análogo al que se siente ahora leyendo las novelas de Zolá. Edwards es uno de los grandes escritores de tendencia social que ha producido el Continente. Edwards pertenece a aquella magnífica constelación de novelistas que está formada por Mariano de Azuela, José Eustasio Rivera, Graca Aranha, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes y por los brillantes núcleos de jóvenes escritores que en todos los países americanos luchan a favor

de las clases desvalidas. Edwards penetró hasta las raíces del pueblo chileno, y tuvo la valentía de reflejar las realidades de la vida humilde, con toda su miseria y dolor. Desde aquel tiempo en el cual se produjo la obra admirable llamada "Sub terra", no se había escrito otro libro de tanta fuerza social, de tan honda exaltación de los valores humanos, como "El Roto". Las clases trabajadoras de Chile, tienen en Joaquín Edwards Bello a uno de sus más brillantes defensores.

A mediados de la segunda década del siglo se funda el grupo de "los diez", al cual pertenecieron escritores que más tarde serían célebres. La virtual jefatura del grupo le correspondió a Thompson, cuyo nombre de batalla es el de "Augusto d'Halmar". La primera novela, publicada aún bajo su propio nombre, fué "Juana Lucero". Descendía esta obra de alta estirpe literaria. Sus modelos habían sido los mejores de la literatura europea. Y luego apareció "La lámpara en el molino". El libro tenía un sabor extraño. En él se reflejaba una personalidad vigorosa, llamada a alcanzar uno de los sitios más altos en la moderna literatura chilena. Más tarde se volvieron interesantísimas las obras y la personalidad de d'Halmar. Fué un viajero incansable. Anduvo por lejanos países, atravesó los mares, se identificó con pueblos exóticos, y en su alma hubo elementos de todas las culturas. El enriqueció con nuevas tendencias el arte chileno. A semejanza de Somerset Maugham y de Eugenio O'Neill, encontró en los mares fecundos motivos para la creación estética. El llevó hasta el libro el sentido aventurero de Conrad y la pasión por lo exótico de Pierre Loti. Pero la personalidad de d'Halmar va más lejos aún. En su obra queda un ancho sitio para el estudio del pueblo chileno. Como Edwards Bello, también él se acerca a los barrios en donde habitan las clases trabajadoras. Al reunir tan variados y complejos caracteres, la personalidad de este escritor debía de ser, como en efecto lo fué, de una magnífica variedad. Sus libros principales, "Gatita", "La sombra del humo en el espejo", "Capitanes sin barco", "Amor, cara y cruz" y "Pasión y muerte del cura Deusto", ponen de manifiesto a uno de los maestros de mayor estatura en América.

Antonio Acévedo Hernández es un escritor de marcada tendencia popular. Ha producido teatro y novela. Sus

obras de mayor importancia "Piedra Azul", "Manuel Luceño" y "El libro de la tierra chilena", tienen interesantes estudios de folklore, y hermosas interpretaciones de la vida nacional.

En la rica y variada literatura chilena se destacan otros valores. Y uno de los más sugestivos es Alberto Romero. Su arte estuvo arrancado directamente de la vida. Intelectual formado en las doctrinas políticas de avanzada, hay en sus libros una honda tendencia social. Es un lector apasionado de la moderna novela rusa, alemana y norteamericana. Los temas para las obras suyas se encuentran en la clase media, pero con mayor frecuencia en el drama de las clases trabajadoras. Es el arte suyo una magnífica interpretación de la vida cotidiana. La acción se desarrolla en una forma lenta, monocorde y gris, pero desde el fondo de una realidad sombría, surge la tragedia. Es un relato escrito en tono menor, y que encierra el secreto de las vidas rotas. "La viuda del conventillo", "La mala estrella de Perucho González", "Un milagro, Toya", "Soliloquios de un hombre extraviado" y "La tragedia de Miguel Orozco", son creaciones literarias que colocan a su autor entre los mejores relatis-tas americanos. Y también hay en la obra de Romero una producción singular: "La novela de un perseguido", en la cual cuenta su propia aventura, aquella que le sucedió cuando fué injustamente perseguido, bajo el pretexto de ser uno de los protagonistas de una conspiración política. El arte claro, intenso y sincero de este joven maestro encierra singular belleza, y su obra literaria tiene un brillante porvenir.

Un escritor representativo de Chile, es Januario Espinosa. La novela suya tiene como fundamento la clase media. De la existencia cotidiana de esos seres anónimos, que deben luchar duramente por la vida, él crea producciones de singular belleza. Artista de sensibilidad profunda, sus personajes adquieren categoría continental, porque al reflejar el dolor de sus almas, interpretan el drama de la clase media americana. Hay en Januario Espinosa, algo de la técnica genial que Proust utilizó con maestría incomparable. Los detalles de la existencia ordinaria, los acontecimientos sencillos del vivir, están descritos con prolijidad, y el novelista extrae de ellos toda la importancia psicológica

que encierran. Januario Espinosa es un fino intérprete del espíritu humano.

A semejanza de Pirandello, Jenaro Prieto es un gran humorista. Y la técnica de este escritor chileno, es también análoga a la del gran maestro italiano. "Un muerto de mal criterio" revela ya las excelencias del autor, pero su arte singular y extraño, culmina en la gran novela "El socio". En apariencia, el protagonista de la obra se vale únicamente de un ser ficticio, para asegurar sus éxitos sociales y comerciales. Pero aquel ser imaginario es algo más que una ingeniosa invención. Encarna una segunda personalidad del protagonista. Es algo así como otro personaje superpuesto a él, o mejor dicho representa el subconsciente del personaje. Y esta técnica utilizada por Prieto, es altamente artística, por lo mismo que tiene sus raíces en lo más hondo del alma humana. Algo de aquel admirable "difunto Matías Pascal", hay en "El socio" de Jenaro Prieto, y su novela, que en ocasiones se acerca al surrealismo, es una de las creaciones fundamentales de la nueva literatura americana.

Olegario Lazo Baeza obtuvo un éxito definitivo con la publicación de sus "Cuentos militares". Y al poco tiempo de haber aparecido la primera serie, fué publicada la segunda. Los relatos suyos, artísticamente logrados, significaron la revelación de un nuevo escritor, que tenía una personalidad original y vigorosa.

En 1923 se publicó en Chile un libro extraordinario. Fué "Vidas Mínimas". Era la obra de un artista raro, admirable, altamente refinado. Más tarde, otro libro, "Alhué", confirmó el prestigio del autor. La influencia de González Vera, ha sido definitiva en las nuevas generaciones chilenas. Artista selectísimo, su obra no tiene dilatada extensión, pero en cambio se caracteriza por la profundidad psicológica y la emoción lírica. Los lectores de González Vera, suelen ser los intelectuales, porque la producción suya, no obstante la simplicidad que encierra, exige cultura para ser comprendida.

La crítica literaria ha comparado a la vida de Manuel Rojas con la de Gorki o la de Panait Istrati. El ha conocido el dolor humano en toda su intensidad y ha pasado por las aventuras más desconcertantes. Su obra está llena de acción, y hay en ella esa realidad angustiosa que se encuen-

tra en las grandes creaciones de la novela rusa. Sus libros más representativos, "Hombres del sur", "El delincuente" y "Lanchas en la bahía", tienen algo que recuerda a las extraordinarias novelas de Bruno Traven, por la sorprendente energía del relato, la fuerza de la expresión, y el impresionante dinamismo con el que se desarrolla la trama. Manuel Rojas es un escritor patético, y por eso su obra tiene un alto valor humano.

Ernesto Montenegro es un afortunado intérprete de la vida popular chilena, y su libro "Cuentos del tío Ventura", lo revelan, además, como un fino psicólogo. Magdalena Petit ha cultivado la novela biográfica, en sus obras "La Quintrala" y "Diego Portales", magnífica evocación del célebre estadista chileno. Alberto Edwards fué autor de hermosos cuentos, plenos de vida y belleza que, infortunadamente, no fueron recopilados en libros. Benjamín Subercaseaux, es otro raro artista, cuyos relatos encierran un refinamiento singular. Su obra "Zoe" es de las mejores creaciones de la nueva literatura americana, y en ella demuestra ser un escritor que ha asimilado lo mejor de la producción francesa, y lo ha vertido en su obra, sin que ésta pierda perfección ni originalidad.

Otra figura sugestiva es la de Marta Brunet. Después de haber realizado una abundante obra literaria, en gran parte publicada en periódicos y revistas, edita en 1930 su libro "Reloj de Sol", que la consagra como una gran relata. Los cuentos que se refieren al atardecer de la vida de sus personajes, alcanzan singular maestría y brota de ellos un delicado encanto. Otro volumen importante de Marta Brunet es "Montaña Adentro". Obra escrita en un lenguaje preciso y elegante, tiene espléndidas interpretaciones del paisaje, análisis psicológicos de una gran sutileza, y maestría en la ejecución literaria. "Bestia dañina", significa otro gran éxito para su autora, y la consagra a través del Continente. Al hablar de ella, dijo Salvador Reyes que "se había perfeccionado a la vista de sus lectores". Estos, que admiran su producción, forman las élites intelectuales de los países americanos.

Las creaciones de Yáñez Silva son de un delicado romanticismo, y hay en ellas una incomparable maestría psicológica. Zady Zañartu, legítimo heredero de Baldomero Lillo, ha escrito una magnífica novela de las minas, que se

titula "Llampo Brujo", y que encierra extraordinaria intensidad dramática. Eugenio González produce la novela del destierro en su obra "Más afuera", y luego publica "Hombres", que es el relato de una desilusión. El admirable poeta Jacobo Danke, autor de "Las barcarolas de Ulises", ha escrito una intensa novela social: "La estrella roja". Y otro poeta, de geniales dimensiones, Vicente Huidrobo, ha evocado, en forma de relato, dos vidas heroicas: la de Ruy Díaz, en "Mío Cid Campeador" y la de uno de los magos alucinantes de la Edad Media, en su novela cinematográfica "Cagliostro" escrita con una técnica de sorprendente originalidad.

Los cuentos de Oscar Castro que forman el libro "Huellas en la tierra", están ejecutados con una técnica perfecta, e iluminados por una ráfaga de inefable poesía. Un célebre periodista Egidio Poblete, produjo un tipo de relato lleno de encanto, pletórico de claridad y saturado de ironía.

Luis Enrique Délano ha logrado alcanzar la maestría en la técnica del cuento. Refiriéndose a su obra, dijo Gabriela Mistral: "Reside el mérito que yo más amo en la persona de él, en cierto clima semipoético, donde se engendra, crece y fructifica su narración". Los primeros libros de relatos que publicó Délano fueron "La niña de la prisión" y "Luces en la isla". Otra obra suya "Viaje de sueño", obtuvo un éxito pleno. Sucedió luego que un acontecimiento trascendental operó en su espíritu una transformación profunda. Fué la guerra española. El confiesa que esta gran tragedia le obligó a estudiarse, a meditar, a hacer preguntas a su propia conciencia, y finalmente a definirse, no políticamente, sino de un modo humano, a abrir los ojos frente a una realidad que antes permanecía cerrada. Fruto de esta nueva ruta espiritual, fué "Cuatro semanas de guerra civil", obra que describe el drama español con una maestría digna de Remarque, Glaeser o Renn. Otro importante libro suyo fué "Balmaceta, político romántico", y al producirlo, Délano se reveló como un evocador magnífico.

La novela "Mercedes Urizar" de Luis Durand, es una de las mejores de la moderna producción chilena. Anteriormente había publicado algunos volúmenes de cuentos: "Tierra de Pellines", "Campesinos", "Cielos del sur" y la narración "Piedra de rueda". Más tarde aparecieron la novela "El primer hijo", el ensayo "Visión de Sarmiento", un

nuevo libro de relatos breves, llamado "Mi amigo Pidén", y su obra "Presencia de Chile", que es una espléndida visión panorámica del país. Las narraciones suyas suelen tener temas variados. Cuando Durand llega al campo chileno, lo capta con un trascendental sentido de lo real, que está embellecido por una cálida ola de lirismo. También es Durand un extraordinario novelador de la clase media. Presenta esta zona de la sociedad con maestría. Su obra, profundamente humana y sincera, merece un sitio de honor en el panorama literario chileno.

El libro "Ruta de sangre" de Salvador Reyes, lleva en las primeras páginas una "Calificación de servicios" firmada por ese magnífico almirante del arte y de todos los mares, que es Augusto d'Halmar. En ella el maestro dice: —"Hacerse un verdadero novelista del mar en Chile, sería llegar a ser, ni más ni menos, el Novelista de Chile.—Título que para mí quisiera, pero que me disputa, con más denuedo y con mayor desenfado, ese bizoño y bizarro Salvador Reyes, marino de fortuna, según lo gradué, cuya fortuna de marino envidio, auspicio y señalo a la gratitud de nuestros conciudadanos más o menos costeños, nuestros "Hermanos de la Costa".—No sólo Augusto d'Halmar desearía haber firmado algunas páginas de este joven y admirable escritor. También habrían querido hacerlo Blais Cendrars y Pierre Mac Orlan, porque hay algunos relatos suyos, que tienen el mágico hechizo de "Moravagine" y el encanto de la aventura exótica, que ha hecho célebres en el mundo las obras del segundo de aquellos novelistas franceses. El debut literario de Reyes fué en 1923, y el primero de sus libros, uno de poemas: "Barco ebrio". Vinieron luego "El último pirata" y "Lo que el tiempo deja", volúmenes de cuentos; "Las mareas del sur", poemas; "Tres novelas de la costa", y más tarde su obra maestra "Ruta de sangre". El arte de Salvador Reyes, como los de Eugenio O'Neill o Augusto d'Halmar, tiene el tema marino como fundamento esencial. Aún los títulos de sus libros así lo revelan. Pero en este gran escritor, existen cualidades múltiples y extraordinarias. Posee una fantasía singular. Su imaginación es capaz de crear un mundo de maravilla. Ha construido para la elaboración de sus libros un estilo de serena precisión, refinada elegancia y sin igual belleza. Es Salvador

Reyes uno de los artistas más definitivamente logrados del actual panorama literario americano.

Uno de los mejores poetas de la nueva generación chilena, Rubén Azócar, quien se consagró como un gran artista con su libro "Salterio lírico", fué premiado en el certamen nacional de novela, promovido por la "Sociedad de Escritores de Chile", de acuerdo con "Editorial Zig-Zag". La obra, cuyo título era "Gente en la isla", obtuvo un éxito extraordinario en los países americanos. Tenía esa narración una arquitectura admirable y era el suyo un bello estilo. Novela de tendencia regional, interpretaba artísticamente la vida de un importante sector del país. La zona austral estaba reflejada en ella con maestría. Y el libro contenía hermosas descripciones, diálogos ejecutados con elegancia suma, y un hondo sentido humano, que lo elevaba a la categoría de universal. Azócar lleva una ruta de constante superación, que lo conducirá a ocupar una elevada jerarquía literaria.

Pero la gran revelación de la nueva novelística chilena, fué Carlos Sepúlveda Leyton. Este joven autor de una creación artística, que se encontró al borde de lo genial, tuvo una visión grandiosa de la novela y, guardando las debidas proporciones, podría afirmarse que él fué un afortunado epígono de los grandes escritores franceses, que construyeron aquellas novelas ciclos, que son de lo más extraordinario y grandioso del arte universal. Sepúlveda murió muy joven, y por su recuerdo estuvieron de duelo las letras del Continente. La desaparición de él significó una pérdida irreparable para la cultura americana. Tres fueron las obras que dejó Sepúlveda. Y todas ellas, "Hijuna", "La fábrica" y "Camarada" tuvieron una impresionante potencia dramática. Hubo en ellas originalidad, maestría y elevación. Se las podría comparar con las mejores novelas sociales de los Estados Unidos, Rusia o Alemania. La obra de Sepúlveda, cruelmente interrumpida por la muerte, marca una de las cifras más altas en la producción intelectual del Nuevo Mundo.

Juan Marín es una personalidad múltiple. Médico de la armada chilena, aviador, diplomático, ensayista, poeta, autor dramático y novelista, su obra es fecunda, compleja y original. En el comienzo de su carrera literaria, se asoció al grupo lírico llamado "runrunista", y el primero de sus li-

bro "Looping", fué de poemas. Viajero incansable, recorrió Europa, y fruto de los estudios que realizó en aquel Continente, fué su obra "Clínicas y maestros en Inglaterra y Francia". La ciencia chilena debe a Juan Marín aportes de gran valor. Varios volúmenes suyos, como "Poliedro Médico", "Hacia la nueva moral", "El problema sexual y sus nuevas fórmulas sociales" y "Ensayos Freudianos", desarrollan interesantísimos problemas de Medicina, Historia, Psicoanálisis y Sociología. En estas producciones, Marín sorprende por su vasta cultura científica, artística y literaria. En lo que se refiere al relato, la obra suya es una de las más fecundas y bellas de la moderna literatura chilena. "Margarita, el aviador y el médico", "Alas sobre el mar" y "Un avión volaba", fueron las primeras novelas de Marín, que revelaron sus extraordinarias facultades de narrador. "La muerte de Julián Aranda" es un relato que recuerda a los cuentos de Edgar Poe, por el ambiente de misterio en el que se desarrolla, por los alucinantes caracteres que tienen los personajes, y por lo trágico del desenlace. "Naufragio", otra novela suya, es también angustiosa y desconcertante. Juan Marín tiene el raro privilegio de manejar con maestría los temas de tortura, enigma y terror. De él podría decirse que "es un fisiólogo del miedo", como dijo un eminente crítico norteamericano, al hablar del inolvidable Edgar Poe. Y esta facultad de crear el arte del misterio, se supera en el libro "El secreto del doctor Baloux". Los cuentos que forman este volumen, tienen argumentos extraños y cautivadores. Al leerlos se flota en un mundo de ensueño, en un ambiente de bruma, en una zona de terror, que conduce hasta la máxima emoción. "Orestes y yo" es una novela magnífica. El mito griego, exaltado hasta lo sublime por el genio de Esquilo, adquiere nueva juventud y vida en la obra de Juan Marín. Pero la mejor novela de este admirable escritor, es "Paralelo 53, sur", obra que lleva al campo literario los problemas más hondos de la realidad chilena. Existen en Marín dos preocupaciones esenciales: la psicológica y la social. Ambas se encuentran magistralmente unidas en esta gran novela, que es una de las máximas producciones que el arte de la narración ha dado en América. La vida de los revolucionarios es el tema fundamental de "Paralelo". Y hay pasajes en el libro, que recuerdan a las pá-

ginas esenciales de la novela rusa, por lo intenso de la angustia y lo patético del dolor que encierran.

Este "Panorama de la novela y el cuento", no pretende ser completo. Deben existir en él muchos vacíos, errores y omisiones. El tema, tan dilatado y complejo, exige lo vasto de un libro, y no podía ser tratado en su plenitud, dentro de la breve extensión de una conferencia. Además, yo no me encuentro en condiciones de hablar de la novela y el cuento chilenos en su totalidad, debido a lo corto y limitado de mi preparación literaria. El trabajo que he sometido a consideración del cultísimo público que escucha, no es sino un aporte, modesto y sencillo, al estudio de la producción intelectual chilena en el Ecuador. Un estudio que es elevado y fascinante, dados los caracteres de perfección y riqueza de la literatura chilena, una de las mejores del idioma castellano. Y para nosotros esa literatura tiene un singular valor, debido a los hondos lazos de tradición y simpatía, que unen a la tierra ecuatoriana con la gran república del sur. Presento el testimonio de mi gratitud a los señores Embajador de Chile y Presidente del "Instituto Ecuatoriano--Chileno de Cultura", por el honor que me han hecho al solicitar mi intervención en este Acto. Valiéndome de una oportunidad tan hermosa, y seguro de interpretar los sentimientos del pueblo, quiero decir al distinguido diplomático que representa a la gran república en esta ciudad, que puede estar seguro de que en el Ecuador existe para Chile un afecto muy hondo, que además de ser cariño, es también admiración. Y deseo también insinuar a la juventud capitalina, especialmente a la universitaria, que continúe dedicándose al estudio de la literatura chilena, porque tan bella disciplina, además de significar un notable aporte para el desarrollo espiritual, contribuirá a estrechar más aún los vínculos de fraternidad entre los dos países, que estuvieron juntos en el pasado; que lo están ahora, en el momento más trascendental y dramático de la historia del mundo, y que lo estarán en el porvenir, para la construcción de una nueva América. La ciencia, el arte y la literatura son el medio más elevado y profundo de comprensión entre los pueblos. Cuando hablan las voces claras de la verdad y la belleza, los seres humanos se tornan más generosos y dignos. La ciencia es la mejor ruta para la perfección, y el arte es el medio más luminoso de alcanzar la virtud. El sabio ge-

nial tiene algo de redentor, y en el alma de los grandes artistas existe un poder de creación, que es semejante a los mejores atributos divinos. Una de las máximas excelencias de Chile, es el haber producido un número abundante de escritores y artistas, cuyos nombres son un honor, no sólo para su patria, sino también para la raza latina, que ha vuelto a ser adolescente, heroica y creadora, en las jóvenes repúblicas del Continente Americano.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL